

# Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO  
XVIII

Redacción y Administración  
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales  
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales  
© 1.25 cada semana.

Nº  
860

## SANTORAL

Dom.	11	† 3º De Adviento. Santos Dámaso, papa; Eutiquio, mr.; Sabino, ob.	Juev.	15	Santos Faustino, Cándido y Fortunato, mrs.
Lun.	12	NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE. Santos Sinesio, Donato y Justino, mrs.  LUNA NUEVA a las 9.1 p. m.	Vier.	16	Santos Eusebio, Valentín, Azarías y Albina, mrs.  <i>Témporas-Ayuno.</i>
Mart.	13	Santas Lucía y Otilia, vgs.; Antíoco, mr.	Sáb.	17	San Lázaro, y los mártires Floriano y Vivina.  <i>Témporas.</i>
Miérc.	14	Santos Nicasio, Arsenio, Isidoro y Justo, mrs.  <i>Témporas.</i>			

### Domingo III de Adviento

Evangelio según San Juan—Cap. I.

En aquel tiempo: He aquí el testimonio que dió Juan a favor de Jesús, cuando los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntarle: ¿Tú quién eres? El confesó la verdad y no la negó; antes protestó claramente: Yo no soy el Cristo. Pues ¿quién eres? le dijeron. ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el profeta? Respondió: No. ¿Pues quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Yo soy, dijo entonces, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron de nuevo, diciendo: ¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondióles Juan, diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno, a quien no conocéis: él es que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Todo esto sucedió en Betania, la que está a la otra parte del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

### Aplicación moral

Si los Jefes de Israel no hubieran estado prevenidos contra la verdad por prejuicios terrenos, hubieran seguido las indicaciones de la Voz autorizada que los guiara hacia el Salvador; lo hubieran buscado y hubieran hallado en El lo que hallaron y hallan siempre cuantos lo buscan con buena voluntad. Pero su mala disposición espiritual no les sugirió otro recurso que interpelar con cierta acritud al Bautista de un bautismo administrado por quien no fuera el Mesías. Pensad un momento en esta réplica insidiosa y veréis palpitar en ella el concepto del verdadero Mesías que vendría a lavar los pecados del mundo; sólo El podía perdonarlos, y así lo arguyen los fariseos y doctores de la Ley; pero cuando se encontraron en el camino de sus ambiciones con Jesucristo, que perdonaba con soberana autoridad de Dios los pecados, se escandalizarán de El y lo arguirán de blasfemo. Tal es el desenlace de consultas e indagaciones que se hacen sin amor a la verdad y al bien que aparentemente se busca. Lo que aconteció a los sanedritas, acontece siempre a los fariseos de todos los tiempos que ante la verdad divina y la divina Voluntad, suficientemente manifestadas, adoptan actitudes de jueces que preguntan para resistir y negar, en vez de preguntar como hijos y como discípulos, para obedecer y seguir al Maestro.

No dice el Evangelio cuál fué el resultado final de la entrevista de los emisarios del sanedrín ante el Santo Precursor. La actitud resuelta y del todo irreprochable que demostró ante sus preguntas e interpelaciones, debió sin duda hacer comprender a los maestros de Israel que aquel hombre extraordinario no se prestaría con su nombre, ni con su autoridad a secundar los planes de la deliberación política que ellos fomentaban entre el pueblo para sostenerse ante la autoridad del rey Herodes, idumeo, extranjero, que habían recibido de sus dominadores, para sentarlo en el trono de David. Desde aquel momento el partido gobernante, no participó de los entusiasmos por Juan Bautista; no respondía a sus ideas; así fué posible que el rey intruso y adúltero encarcelara a Juan y acallara la austera palabra, que reprendía sus desórdenes, cortándole la cabeza.

Pero el testimonio del Precursor no perdió con ello una tilde de su peso y de su autoridad, antes ganó en valor moral por la incorruptibilidad de aquella alma mártir que dijo la verdad a los poderosos, y confesó pública, solemne y oficialmente la realeza de Jesucristo, delante del cual había sido enviado con la virtud y el poder de Elías, para que preparase al Señor los corazones de los leales servidores y del pueblo verdadero de las promesas.

Agradecemos nosotros este testimonio del primer mártir de Jesús, y el más santo entre los nacidos, según testimonio del Maestro divino. Temamos los juicios de Dios que deja en su obcecación a los hipócritas que no buscan sinceramente la verdad, y jamás nos acerquemos a preguntar lo que no queremos saber para practicarlo, pues se explicará nuestra responsabilidad y seremos doblemente inexcusables ante el juicio de Dios.

## ¡NAVIDAD SE ACERCA!

¡El Salvador viene! Dicen que Jesús ha fracasado en el mundo, que no ha cumplido lo que prometió. No; los que han fracasado son los hombres por no haber hecho la experiencia de su doctrina salvadora. Su voz ha resonado en todos los siglos y en todos los pueblos: «Venid a mí... Yo soy la verdad» y los hombres le han vuelto la espalda. No quisieron mirarle ni seguirle y se marcharon tras los explotadores que les mostraban un plato de lentejas, y hoy tocan las consecuencias de su error. Frío en las almas; hambre en los cuerpos. Navidad tiene este año la cruel ironía de la flor que brota en los cementerios, el sarcasmo de la sonrisa en el rostro de un cadáver. Pero no pensemos en sus extravíos ni en las ofensas que nos hacen. Son pobres hermanos que se debaten en la desesperación de un invierno sin pan. Hay momentos en que la miseria tiene sus derechos y la caridad implica una obligación. «*In charitate et justitia, pax.*» También en Belén había frío, hambre y tristeza; pero fueron los pastores con sus corderos y los Magos con sus ofrendas y los Angeles cantaron la paz de la tierra. Es el remedio que urge. Una cruzada de piedad, de amor y de sacrificio en favor de los que sufren. Suprimir lo supérfluo; ganar menos; no ganar nada y aun perder algo. Ese es nuestro deber. No seamos causa de que se maldiga la religión que profesamos. El Niño de Belén nos habla desde su cuna: «Tuve hambre y me disteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis; lo que hiciéreis con ellos a Mí lo hacéis. *El Solitario.*

## VALOR CRISTIANO

Los grandes males han exigido siempre grandes remedios. La serie no interrumpida de los siglos ha demostrado ser muy cierto este principio: *Los contrarios se curan con sus contrarios.* Así es que cuando los errores del entendimiento y la perversión del corazón envuelven a la sociedad en densas tinieblas y socaban los fundamentos del orden religioso y social, es de apremiante necesidad hacer brillar la verdad redentora, la verdad católica, única que puede disipar esas tinieblas y hacer aparecer la claridad esplendorosa de la verdad reveladora, al mismo tiempo que contener el torrente devastador de las pasiones.

Es el único remedio, porque al diluvio de errores que entenebrecen y ofuscan las inteligencias, solamente puede oponerse la fe heroicamente confesada, porque las almas degeneradas que sólo saben vivir en la obscuridad de la mentira, de la que, semejantes a los vampiros, absorben el jugo que las sostiene, huirán despavoridas al aparecer radiante el sol del Dogma vivificador, y no seguirán en su insana labor destructora.

Mas para esta confesión explícita y para que produzcan resultados eficaces, es necesario lo que tanta falta hace en nuestros días y que es, sin embargo, lo que distingue a las almas generosas de las débiles y convenencieras, a saber, el valor, la intrepidez.

La época actual es época de grandes debilidades. No es la fuerza de los enemigos la que tiene agobiada a nuestra Religión y postergados a los católicos, sino la flaqueza de los que debemos defenderla; no es el descaro de las malas ideas,

sino la falta de cristiano descaro de los que profesan las buenas; no los reiterados ataques de los que combaten, sino la debilidad, la neutralidad, la falsa prudencia, las perjudiciales contemporizaciones, de los que debiéramos defender nuestra causa, que son los derechos de la Iglesia y nuestros propios derechos.

Si; valor es lo que se necesita; valor para confesar y defender nuestra fe, lo mismo ante las arbitrariedades y tiranías de gobiernos déspotas y sectarios, que ante el juez volteriano que, infatuado en su vaga ciencia enciclopédica, mira con burlonas miradas al creyente. Valor, repetimos, y valor muy grande se requiere en los actuales tiempos para confesar y defender la doctrina de Cristo, lo mismo ante el soberbio burgués que sólo mira a sus riquezas, que ante el bárbaro bolchevique; lo mismo ante la dama que, entregada a la molice y vanidad, se ufana de haberse vuelto descreída, excéptica y mundana, que ante la mujerzuela vil que, en maridaje de ignominia, se ha entregado al socialismo y desvergüenza.

Valor, volvemos a repetir, exígese y mucho valor en estos tiempos de tanta soberbia y de tanta rebeldía contra Dios; valor en el predicador de Cristo para predicar con toda intrepidez la Verdad divina del Mártir del Calvario; valor en el caballero y en el artesano para no afrentarse de su fe ante ningún apóstata traidor de esos que tanto abundan, reflejando en sí el nauseabundo tipo del infame Judas Iscariote; valor en la mujer, en la doncella, en el joven, en el niño y en la niña, para confesar muy alto la Religión bendita que nos legaron nuestros mayores, quienes jamás rindieron homenaje de servilismo o de adulación a la funesta y descreída tiranía, sino que siempre fueron heroicos y gloriosos defensores de la excelsa verdad de Jesucristo, por la cual sufrieron, pelearon y supieron morir con fortaleza apostólica, antes que ceder un punto a las inicuas exigencias de los tiranos perseguidores de la Iglesia.

## ESTUDIO DE LA RELIGION

Con apasionado interés se dedican hoy los hombres al estudio de la ciencia sin Dios, la cual, en opinión de sus más ilustres secuaces, en más de una cuestión ha hecho bancarrota. ¡Cuánto más razonable sería este interés si fuera dirigido a estudiar la Ciencia de la Religión: puesto que es, sin género de duda, la más elevada, la más segura y la más necesaria! Es la más elevada, pues trata de Dios y de sus perfecciones, de su ser intrínseco, de sus obras exteriores y de las admirables leyes que gobiernan el destino de las criaturas. Es la más segura, pues tiene por garantía la infalibilidad de la Iglesia, la que a su vez descansa sobre la autoridad de una palabra que no puede engañar, porque es divina. Es la más necesaria, pues ella enseña al hombre quién es, de dónde viene y adónde va; es decir, los dos magnos problemas de la vida y de la eternidad, problemas que sin su ayuda no puede el hombre resolver; testimonio bien triste de ellos son los errores acumulados en torno de dicha cuestión, por la filosofía antigua y la moderna.

¡La Ciencia de la Religión! ¡Cuánto entusiasmo despertaba en otros tiempos! Más de cinco mil hombres se reunieron un día en un desierto de Palestina y olvidaron hasta el alimento necesario, mientras el Salvador les hablaba del reino de Dios y de los medios que a él conducen. ¡La Ciencia de la Religión! Cuán exacta idea tenía de ella el Sabio de los Libros Santos cuando decía: «Y la preferí a los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas, porque todo el oro, respecto de ella, no es más que una menuda arena, y a su vista la plata será tenida por lodo. La amé más que

la salud y la hermosura; y propuse tenerla por luz y norte, porque su resplandor es inextinguible... Es un tesoro infinito para los hombres, que a cuántos se han valido de él los ha hecho partícipes de la amistad de Dios y recomendables por los dones de la doctrina que han enseñado.» Con justicia podemos aplicar este elogio a la Ciencia de la Religión, puesto que nos ha sido comunicada por la sabiduría divina, cuyas palabras bien puede aquélla dirigir a todos, en especial a aquellos que no están prendados de su belleza, ni convencidos de su necesidad: «¡Oh, hijos míos! oid mis documentos y sed sabios y no queráis desecharlos! Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación; mas quien pecare contra mí, dañará a su propia alma. Todos los que me aborrecen a mí, aman la muerte».

Card. Andrieu

## ES NECESARIO QUE LA EDUCACION SEA RELIGIOSA

No es lícito ignorar que existe en la sociedad un estado llamado comúnmente con el nombre de *miseria*. Miseria en el orden *económico*, sin poseer lo más indispensable para vivir y proteger el organismo; miseria en el orden *fisiológico*, sin nutrimento para acrecer y reintegrar la vida material del cuerpo; miseria en el orden *psicológico*, sin la más elemental formación sensitiva ni espiritual; misería, en fin, en lo *moral*, sin educación de sentimientos, ni de conciencia, sin dirección y freno de las pasiones. Estos son los caracteres que presenta semejante plaga social.

Es un hecho que, aun las naciones más civilizadas del mundo no pueden sustraerse al influjo de los agentes productores de la miseria. Entre nosotros, debido, además de otras causas fáciles de apreciar, al desarrollo considerable que en estos últimos decenios ha adquirido toda urbe en el orden material, lo cual a una gran parte de pueblo le ha encontrado desprevenido, sin preparación, y sin medios para seguir el movimiento que la realidad de la civilización moderna le imponía, gracias a estas deficiencias, ha venido acentuándose en las masas populares la indigencia en el sentido antes insinuado. Parece una anomalía y una temeridad escribir esto en pleno siglo xx, cuando abundan en todas partes los centros de instrucción, las vulgarizaciones científicas, los ateneos populares; cuando el periódico, el folleto y el libro llegan con tanta facilidad a las manos del que sabe leer. Pero es un hecho ante el cual debemos rendir una gran parte de nuestros entusiasmos por la civilización y la cultura. Hay en nuestra sociedad una gran muchedumbre de personas que no saben vivir, son incapaces de ganarse la vida, no saben o no quieren trabajar, cerebros insuficientes que no pueden servir para las regulares concepciones ni para los más elementales pensamientos económicos de un alma vigorosa y bien formada.

Es verdad que existen numerosos centros de enseñanza y de formación; pero éstos no son la única panacea que pueda remediar todas las miserias y calamidades. La instrucción, siempre es provechosa, porque nutre y despierta las potencias, las eleva de condición, y las prepara a mejor percibir la verdad. Puede a veces no ser tal, sino una mera soflama de instrucción, una labor que se hace en el espíritu para darle un marcado rumbo contra la verdad, y entonces es un mal positivo, agrava la potencia de obrar mal ¿De cuántos delitos no es maquinador uno así educado, que no podría ni siquiera imaginar un ignorante? Si al despertar de la inteligencia, a un individuo no se le ofrecen más que errores y falsedades; si al apuntar los primeros sentimientos les salen al encuentro una gran cantidad de bajas pasiones, que degradan la humana naturaleza; si cuando el niño empieza a darse cuenta de la vida, se ve rodeado de ejemplos que le precipitan a su ruina moral y le desencaminan para

siempre, ¿qué confianza pueden inspirarnos semejantes centros? Si miramos bien la clase de enseñanzas y de sentimientos que reciben en estos centros que venimos censurando, una multitud de infelices, nada nos asombrará en ver la turba de miserables que llenan nuestras calles y talleres, donde pasean y muestran la degradación y la indigencia, o mejor aún los estigmas que acusan una profunda degeneración en la clase del pueblo que se ha formado sin ley, sin moral y sin Dios.

Es demasiado claro para que hayamos de insistir en este punto. Un centro instructivo de esta naturaleza es la fragua donde se fabrican, la sentina donde fermentan, los principales elementos, que plantean con crudeza el conflicto moral y económico de la clase trabajadora. La escuela, si no es un templo, donde se enseñen las doctrinas salvadoras de la religión, donde se fomente el respeto mutuo como hijos de un mismo padre que está en los cielos y se dé toda la importancia que realmente tiene a la dignidad humana, entonces se convierte en una guarida, donde se adiestran los infelices niños en negar a Dios y al alma, en burlarse de Cristo y de la Iglesia, del paraíso y del infierno, de la ley y de la moral. Allí hacen su noviciado las turbas que se alzan después furibundas, negando el estado y la autoridad, el ejército y la nación. Y deshecha la sociedad, disuelta la familia, despojada la burguesía y conculcados los derechos más augustos de la conciencia, proclaman el reino del nihilismo, la abolición de la propiedad, la destrucción y la muerte.

A la luz de estas observaciones que no hacemos más que apuntar, podría escribirse, no un simple artículo, sino un voluminoso libro acerca de la moral en la familia obrera y en el individuo de la calle, la moral en el taller y en la fábrica, la moral en la democracia, o sea, en las últimas esferas de la sociedad. No cabe empeñarse en desconocer lo que está en la conciencia de todo pensador, es decir, que la moral es perfectamente compatible con el estado más económicamente miserable que pueda darse en la sociedad. El pobre que va por la calle pidiendo de puerta en puerta un mendrugo de pan; la madre que siente caer sobre su corazón las lágrimas ardientes de su hijo que le pide pan para calmar su hambre devoradora; el infeliz que está próximo a expirar en un rincón de la calle, bajo la acción del frío que cae sobre su cuerpo casi desnudo... todos estos estados de miseria social no son obstáculo para el desgraciado, la pobre víctima que la sociedad rechaza de su seno, pueda llegar a un grado muy elevado de moralidad, o mejor, pueda pertenecer a la más alta aristocracia de moral social. El pobre como el rico, el desgraciado como el más feliz, todos tienen una conciencia y una ley que les ordena y les prohíbe, según las circunstancias en las que se desliza el curso de su vida.

Así, pues, no hay derecho a proclamar la incompatibilidad de la moral y la miseria. Si debajo de la púrpura y de la seda pueden ocultarse las más hediondas asquerosidades y la conducta más degradante, de la misma manera, debajo del harapo y de la blusa caben un corazón noble, un espíritu elevado, una conducta honrada. No es la condición social la que moraliza y dignifica a las personas; semejantes teorías murieron juntamente con el paganismo. El sentido cristiano de la honradez y de la dignidad ha cambiado radicalmente estas ideas, y ha modificado profundamente las formas sociales que las cristalizaban.

Imp. «EL HERALDO» Cartago,

## EL ARBOL DE LA ESPERANZA

Arbol de la esperanza, ¡cuántas veces,  
en los días de alegre primavera,  
brindaste al corazón dulce reposo!

¡Cuántas veces tu sombra bienhechora  
dió alivio y medicina a mis dolores,  
más vivos y más bellos despertando,  
los alegres recuerdos de mi vida!

Inundaban el alma de deleite  
del bosque los suavísimos murmullos;  
llenábase de luz el pensamiento;  
el corazón se abría a la esperanza;  
imágenes de seres conocidos  
se alzaban en mi ardiente fantasía,  
y me hablaban palabras cariñosas  
con que la herida del dolor se temple.

¡Oh, qué alegres las horas que se fueron!  
Y ¡cuán tristes las horas de estas noches  
de lentas agonías del espíritu!  
Noches de angustia y soledad y llanto

en que el alma, cerrada en dura cárcel,  
sin amor y esperanza se consume.

¡Oh, si gozar pudiera de la sombra  
del árbol protector de la esperanza!  
El alma a nueva vida renaciera,  
rememorando de felices días  
las bellas y doradas ilusiones  
que el soplo marchitó de helado cierzo.  
Arbol de la esperanza!, halle hoy descanso,  
con tu recuerdo, el corazón del triste  
que grabó en la corteza de tu tronco  
la ilusión que el amor acariciaba.

Ora llorar tan sólo el alma puede,  
perdida en soledad y noche oscura.  
Lejos de ti, del corazón, envuelto  
en olvido y en triste desamparo,  
las penas más crueles se mitigan  
con el bálsamo suave que derrama  
la imagen que me sigue a todas horas,  
sin cesar murmurando en mis oídos  
esta dulce palabra: *ama y espera.*

DIOSDADO IBAÑEZ

## ¿QUE ES URBANIDAD?

Para un teólogo: La expresión fina y delicada de la virtud.

Para un moralista: El aroma del amor al prójimo.

Para un filántropo: La benevolencia hermana con la delicadeza.

Para un sociólogo: El mejor aderezo y remate de la justicia.

Para un sentimental: La expresión delicada del sentimiento para con los demás.

Para un psicólogo: Es como un calco o sello de nuestro modo de ser interno, impreso en las relaciones sociales.

Para un aristócrata: El buen trato social, el buen tono, la observancia de las conveniencias sociales.

Para una dama: El arte de agradar con hechos y dichos, o la ciencia de hacerse simpática.

Para un vividor: El arte de quedar bien con todos.

Para un embustero: la ciencia de los cumplimientos.

Para un caballero: La dignidad respetando a la dignidad.

## PENSAMIENTO

Ligadas las almas del Purgatorio perpetuamente entre sí mismas con lazos de amor y de fuego, gózanse inefablemente de inmolarse juntas en el ara de la divina santidad, y su oficio, su vida, su ser todo es un eco suave, pleno, jamás interrumpido de aquel eterno cántico de las alturas celestiales: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.» ¡Oh, cómo se regocija Dios de escuchar esa viva resonancia del universal concierto que la creación santificada eleva sin cesar a su excelso Trono! ¡Oh, cuán noble y generoso es el padecer de aquellos hermanos nuestros! ¡Cuán inefable gozo les causa el saber por experiencia cómo la luz de Dios es tan santa y pura que hasta la sombra de una sombra es obstáculo a una alma para consumarse en él! Este conocimiento las regocija mucho más que las aflige su tormento, con tal manera que a ningún precio consentirían disminución alguna en su intensidad ni en la duración de su pena, pues que si ellas piden ser libradas, y lo piden a veces con ansia tan viva, mucho más es por su deseo de ver a Dios que por dar fin a sus dolores. Y entretanto, cómo agradecen a la divina misericordia el haberse dignado amarlas bastante para someterlas a purificación tan adecuada y eficaz para restituirles la divina hermosura en quien el eterno amor pueda poner la mirada, cuando hayan acabado de satisfacer a la justicia de aquel Juez eterno, cuyo agrado es para ellos sustancia misma de su felicidad.

## LAS VENTAJAS DE LOS VIEJOS

El hombre de cincuenta años necesita mucho menos sueño que el joven. Resiste más tiempo una cantidad grande de trabajo. No necesita casi distracción. El joven resistirá durante algunos días mayor presión de trabajo que un viejo, pero no aguantará un trabajo excesivo tanto tiempo como el

viejo, cuyo cerebro y cuyos nervios han endurecido los años.

Los viejos están sujetos a menos tentaciones que los jóvenes. Dominan sus apetitos y sus pasiones, por lo mismo que unos y otras están ya muy amortiguados. Con los viejos se puede contar, en la seguridad de que su ánimo variará poco.

Son los viejos más leales como amigos, aun cuando tengan menos amigos que los jóvenes. Su amor a una causa, a un interés o a la casa donde están empleados, varía poco. Además, su comportamiento durante largos años constituye una excelente fianza en cuanto a su futura conducta. Están, por último, más apegados a los afectos de familia y estiman éstos en tanto, que prefieren perder la vida a perder el amor y el respeto a los suyos.

## MODESTIA

La modestia es vestidura regia de la castidad y el manto real con que la mujer cristiana debe ataviarse para componer en presencia de su Rey y de su Dios, para quien poco significan un lindo rostro, un lujoso vestido y un apuesto y gallardo continente; y en cambio los ojos y el alma se le van tras un rostro pudoroso, un continente modesto, un cuerpo casto y un corazón limpio, exhalando efluvios de espiritualidad y de pureza. De aquí es que la modestia produzca larga y riquísima cosecha de virtud, de merecimiento y premio, según que ya lo dió a entender el Sabio, cuando dijo: «El fruto de la modestia es el temor de Dios, las riquezas, la gloria y la vida». Prov. XXII, 4.

## RECIENTE CONVERSION

Causó gran impresión en Inglaterra hace unos meses, la conversión del célebre orador protestante Dr. W. E. Orchard. Por varios años trató de ser «católico» sin ser «romano», pero al fin no pudo menos de reconocer la supremacía del Sumo Pontífice. «Nadie podría pensar, ni por un instante, que se haya dejado llevar por otro motivo que el de seguir la voluntad de Dios», dice una importante revista protestante. Así hacen los que se convierten; los que se pervierten, siguen más bien la propia voluntad... o las propias pasiones.

## FAVOR RECIBIDO

Socorro Sandino da gracias muy rendidas a la Virgen del Perpetuo Socorro y a Santa Teresita por un gran favor alcanzado.

Puntarenas, Noviembre de 1932.